

La puerta mágica

Era sábado por la tarde. Mi sobrino Héctor de seis años de edad, acababa de llegar de sus clases de hípica, y yo, de la tradicional comida que ALFER celebra por Navidad. Después de hacernos varias carantoñas y algunos juegos de pillería, me preguntó si quería contarle algunas aventuras de mi infancia, y muy gustoso, asentí a su propuesta. Empecé contándole historietas reales transcurridas en el colegio y también con la pandilla del barrio, pero todo le parecía insulso y de poca emoción. Pronto presentí hacia donde quería llegar, aunque me estaba quedando sin argumentos, pues mis historias eran aburridas y de poca imaginación. Por suerte la abuela llegó con su merienda y tuvimos que interrumpir el juego, no sin antes prometerle que al día siguiente le contaría más aventuras: esta vez de dragones, de países de gigantes, de piratas con pata de palo y de puertas mágicas, y he de decir que nunca disfruté tanto haciendo volar mi imaginación, para tan buen espectador. Quiso el destino que esa noche no durmiese, pues había tomado café en la comida, algo prohibido para mi descanso, y ante la promesa de contarle algo nuevo al día siguiente, mi desvelo fabricó una historia que he querido transportar al papel, para que perdure al paso del tiempo, y para que otros ilusos soñadores, disfruten con ella como lo hicimos nosotros.

Después todo fue muy distinto.

Al día siguiente era Nochebuena, y tal como le prometí, me dispuse a contarle la aventura que inventé la noche anterior. Nos encontrábamos en el salón de

casa de la abuela; tumbados en el sofá. Mi historia no era muy ingeniosa, y temía que mi sobrino descubriera mi falta de talento y mi poca predisposición política a narrar aventuras con cierto entusiasmo. Sus críticas podrían ser muy duras.

----La aventura vamos a titularla “La puerta mágica”

---- ¿Porque es una puerta que se abre y se cierra sola?

---- Pues claro. Pero déjame que siga contando.

--- Mira tío una abeja. -- La emoción de Héctor era tan abrumadora que no le dejaba centrarse en escuchar -- acerquémonos a ver que hace.

La abuela había comprado por la mañana una planta exótica bastante grande para regalar a una vecina. Tenía una sola flor de pétalos rosáceos y un largo tallo verde y medio transparente. Sus hojas gordas y sedosas la daban un aspecto sano y saludable. De repente, la abeja, revoloteó por el salón y se posó en la flor. Poco a poco se adentró entre sus pétalos hasta llegar a los estambres. Nosotros nos levantamos del sofá como resortes y nos dirigimos hacia la planta.

No es habitual ver abejas en pleno invierno revoloteando por las flores de las casas, así que la curiosidad pudo con nosotros.

--- Despacio Héctor, no hay que asustarla, puede que solo tenga hambre.

--- ¿Puede picarnos? Seguro que es Maya, que se ha despertado pensando que es primavera.

--- Si, seguro que es la abeja Maya. Acerquémonos un poco más, pero con mucho cuidado, sin asustarla. Puede llevarnos a abrir “la puerta mágica”.

Pancho, (el perro de la familia), que dormitaba en su manta de lana, se acercó con curiosidad, pero rápidamente le ordenamos volver a su sitio.

Seguir el juego a Héctor me suponía fingir una fantasía que no tenía pero me esforzaba por hacerla lo más real posible.

Mi sobrino y yo estábamos encima de la flor, pero no veíamos a Maya. Sus pétalos carnosos nos rozaban la nariz y con la ayuda de un lapicero logré separarlos dejando una abertura a través de la cual se veía al insecto de espaldas beber de un enorme charco de dulcísimo néctar. Estaba impregnada de bolitas de un polen amarillento y pegajoso. Al sentirse observada se dio la vuelta y nosotros estallamos en unas fuertes carcajadas. Tenía los bordes de la boca cubiertos de polen como un niño que acabase de merendar un bocadillo de chocolate. Se enfadó, y cuando volvimos a pegar el rostro a la flor, agitó sus alas levantando una tremenda polvareda de polen que se nos metió por la nariz y nos cegó la visión produciéndonos un leve picor. Estornudamos varias veces mientras nos restregamos los ojos, y una nube de sensaciones inundaba nuestra mente; cuando de repente caímos dentro de la flor. Era como si nos hubiese succionado. El suelo era mullido y suave, como un castillo inflable lleno de bolitas de polen. Maya se marchó y nos dejó solos, inmersos en un mundo de Disney lleno de fantasía. Ya se había pasado el picor y se podía ver con claridad, pero estábamos dentro de la flor, y la sensación era agradable, de bienestar. El perfume que se respiraba era embriagador y dulzón. Mi sobrino se puso a corretear por entre los pétalos levantando polvo de polen amarillento a su paso. Los filamentos y las largas anteras, con su cabezota gorda arriba cargada de polen, se tambaleaban como palmeras en un día de aire. Separé dos pétalos y apareció una enorme piscina de néctar transparente. Me arrodillé y alargué una mano hacia el líquido para probar su sabor y Héctor me empujó hacia el interior lanzándose él detrás a bomba. Chapoteaba de alegría y se

relamía de vez en cuando contagiándome de su estado. Y yo decía para mí: “esto si es una aventura “.

El recinto de agua dulce no cubría mucho, y cuando nos juntamos para decidir que hacer, el suelo se abrió y caímos al interior de la planta. Yo me agarré a un pétalo suelto, pero se desgarró y no pude evitar la caída. El interior de la planta no era muy espacioso, y dominaba el color verde. Si te arrimabas a las paredes del tallo, se podía distinguir el interior del salón.

--- Mira, Pancho se ha vuelto a levantar y nos mira, ¡Pancho! Pancho! Gritaba mi sobrino, hemos abierto “La puerta mágica”.

Todo estaba lleno de galerías que conducían a las diferentes partes de la planta, unas más grandes y otras más pequeñas, Parecía un laberinto de canales, y no sabíamos dónde dirigirnos. Una corriente de líquido turbio se aproximó por una de las galerías y nos arrastró con ella.

--- ¿Qué es esto tío?, ¿De dónde viene esta agua?

--- Creo que es la savia que circula por toda la planta.

Sentados en el trozo de pétalo, navegamos por la galería lentamente. La corriente se repartía por todos los conductos llevando su savia elaborada, rica en nutrientes, a toda la planta. Pero lo hacía despacio, todo muy lento, como es el mundo de las plantas. Parecía que quisiese enseñarnos todas las riquezas de su interior. Ahora estábamos bajando por su largo tallo en la improvisada balsa contemplando las maravillas de su enorme cueva verde. En el fondo del tallo, pegado a la tierra, las galerías se oscurecían y se estrechaban hasta convertirse en caños diminutos. El líquido que surgía del interior de las cañerías que venían de las raíces era como agua un poco sucia. Mi sobrino permanecía callado con cara de asombro. Estaba flipando. Yo me divertía,

aunque no sabía que estaba pasando, y pensaba de vez en cuando la manera de salir de allí. De nuevo una corriente ascendente nos impulsaba hacia arriba, esta vez más despacio.

--- ¿Por qué vamos ahora tan lento tío?

--- A la corriente la cuesta un poco más ascender; como es lógico; --y Héctor intentaba remar--.

Salvar la gravedad sin un motor que te impulse, es tarea difícil, y a veces tuvimos que caminar. Visitamos también las ramas y llegamos hasta las hojas, antes de alcanzar el punto de partida. Llevábamos en la planta tres horas y la emoción del principio se estaba pasando. Mi sobrino ya estaba cansado, y la realidad empezaba a apoderarse de la fantasía, al menos en mi mente, cuando a través del suelo translúcido de la piscina, vimos de nuevo a Maya que se aproximaba a beber. Sin pensarlo dos veces, sujeté a mi sobrino por el brazo y con el otro agarré la trompa de la abeja mientras bebía. Maya al sentirse cogida, tiró fuertemente hacia atrás sacándonos de la flor. Caímos juntos en medio del salón y nos desmayamos. Cuando nos despertamos del fuerte mareo, Pancho nos lamía con entusiasmo.

--- ¡Ha sido genial tío! ¡Esto si es una auténtica aventura! ¡Menudo viaje!

Yo dudaba, pero había sentido lo mismo que él. Además, lo que acabábamos de vivir no tenía nada que ver con la historia que yo quería contarle, no se aproximaba un ápice en ocurrencia ni en emociones a lo que acababa de pasar.

---Te das cuenta Héctor, aventuras de estas vivíamos nosotros todos los días cuando teníamos tu edad -- me atreví a decir ocultando mi intriga delante de él --.

--- Otro día tenemos que probar otra vez, tío, y tienes que prometerme contarme más aventuras. Dijo mientras se alejaba del salón corriendo detrás de Pancho.

Cuando se fue intenté recapacitar. Es imposible. No puede ser. Pero como... Estaba cansado y me quedé dormido en el sofá. Desperté a las dos horas y estaba solo en casa de la abuela. Mi familia había salido a tomar unos vinos antes de cenar. En mi cabeza todavía tenía reciente lo acontecido hace unas horas, aunque empezaba a dudar si todo no había sido un sueño. Me acerqué a la planta mirándola con recelo y pude ver, que todavía conservaba la etiqueta pegada a la maceta, donde podía leerse su nombre en latín: familia, género, y fecha de plantación. Escribí su nombre en Google y busqué en Wikipedia. En la octava línea ponía: su amarillento polen puede ser alucinógeno si es inhalado. Ya está; eso ha sido; me dije decepcionado. Una triste alucinación, y me recosté pensativo en el sofá. De repente un zumbido me revoloteó en la cara. Iba a sacudirle con mi mano, pero me contuve, y Maya se posó en mi nariz. Acerqué con cuidado mi índice derecho y subió a mi dedo: despacio, sin miedo, sintiéndose observada. Tenía el cuerpo lleno de polen amarillento, las patas y las alas también. Había estado bebiendo néctar otra vez porque estaba muy gorda y se movía con torpeza. De repente se sacudió ante mí levantando una nubecilla de polvo dorado encima de su cuerpo que brillaba al reflejo de la luz como un aura divina. A medida que las relucientes partículas iban cayendo de nuevo hacia su cuerpo formaron durante un instante, dos palabras que pudieron distinguirse con claridad. **Feliz navidad.**

30 de noviembre de 2017 Domingo Lobato Martín